

ANTONIO GARRIGUES



Presidente de honor del despacho de abogados Garrigues y presidente de la Fundación Garrigues.

Reconocido jurista en el ámbito internacional. Destaca su labor como experto legal en inversiones extranjeras en España. Ha asesorado a grandes multinacionales, así como al gobierno español en materia de legislación económica y presta su asesoramiento y conocimiento jurídico a gobiernos, como el de Estados Unidos, Japón, China, India, Rusia, México y Australia siendo Patrono de las Fundaciones Consejo. Fue designado, Abogado Mundial por el Centro de la Paz Mundial a través del Derecho.

Colabora activamente en distintas ONGs, especialmente en las relativas a refugiados desempeñando su labor como Presidente de Honor de España con ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados) y también como fundador del capítulo español de Transparencia Internacional (TI, organismo para la lucha contra la corrupción). Doctor Honoris Causa de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales de Buenos Aires (Argentina), por la Universidad Europea de Madrid, por la Universidad Ramon LLull de Barcelona y por la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid.

Interviene como conferenciante y moderador en un gran número de seminarios tanto en España como en el extranjero. Colabora con artículos sobre temas jurídicos, políticos y económicos en periódicos, revistas y libros.



RÉQUIEM POR TODOS LOS HOMBRES

Poema tragicómico teatralizable

(Cuatro mujeres —adolescente, joven, adulta y madura— llevan en brazos a un hombre al que depositan en una especie de almohadón grande en el medio de la escena y se van. El hombre mira desconcertado y confuso. Aparece la mujer adolescente)

MUJER ADOLESCENTE.—

Yo tengo que decirles muchas cosas
Y las voy a decir una por una.
Pero no son mis cosas.
Las cosas que yo digo
son cosas que me dicen que yo diga.
Se me ha dicho que diga
desde el primer momento
que las mujeres somos,

una cosa distinta y diferente.
Se me ha dicho que diga que tenemos
la mirada más larga y más profunda,
y además más ambigua y más compleja
que esa mirada horizontal y plana
que poseen los hombres.
Se me ha dicho que diga finalmente
que los hombres aceptan muchos límites,
casi todos los límites.
Que los hombres se creen, por ejemplo,
que el horizonte acaba en un lugar preciso,
en un lugar concreto y que luego no hay nada.
¡Cuan extraño que piensen de ese modo!
¡Qué pequeñez de mente!
¿Porque no pueden aceptar,
—nosotras lo aceptamos—
que las cosas no acaban nunca o casi nunca,
que todo es más o menos infinito?
Y muy especialmente la distancia,
cualquiera que ella sea,
—¡cien trillones de kilómetros tiene la vía láctea!-;
y la misma materia.
Si miras hacia el fondo de su forma aparente
se ven todas sus células y todas sus moléculas y átomos,
y el famoso Bosón de Higgs que han descubierto.
Y ¿quién puede medir de forma exacta
—esto es muy importante—
aquellos pensamientos que no entienden
de formas ni medidas
como los pensamientos que se piensan,
a veces tristemente,
mirando hacia los mares
en las últimas tardes del otoño?
Los hombres nunca miran estas cosas,
nunca ven lo que miran.

Son verdaderamente ciegos.
Son esos ciegos bíblicos que
se guían los unos a los otros
hacia abismos estériles.
Pero a mí no me pasan esas cosas.
A mí que soy mujer
—aunque aún lo sea de forma tempranera—
me sucede que entiendo mi mirada,
o sea que ya entiendo mi mirada
a pesar de mi edad insuficiente,
o por decirlo así de otra manera,
que yo ya sé muy bien
lo que tiene que ser esa mirada
para decir las cosas que se deben decir
cuando hay que hacerlo,
cuando llega el momento de decir las,
para luego absorber intensamente
el reflejo que tienen esas cosas,
porque todas las cosas tienen un reflejo.
¿Y cómo hay que absorber ese reflejo?
No con impavidez, ni con desgana,
sino con dulce suavidad.
con buen talante
 y —nunca mejor dicho—
 con largo miramiento.
O sea, que es así
 y no al contrario
como hay que ver el mundo en la mirada.
Los hombres deberían aprenderlo.
Pero nunca lo aprenderán.
No están capacitados para ello.
Son gente de otro mundo, de otra especie.
Pero yo no lo digo.
Eso es lo que me han dicho que les diga.
Yo soy muy obediente y por eso obedezco.

(Se sienta en el suelo. El hombre hará los movimientos que se le indican. Aparece la mujer madura)

MUJER MADURA.—

Fue una cosa terrible.

Un suceso cruel fuera de toda lógica.

(Se queda pensando)

¿O no fue tan cruel ni tan terrible?

A lo mejor fue justo y necesario.

Él se agachó a coger la medicina
que se había caído

—era muy torpe—

debajo del lavabo

y cuando quiso luego incorporarse

—vuelvo aquí a reiterar que era muy torpe—

su cabeza chocó contra una esquina,

exageradamente puntiaguda,

y se quedó allí mismo

para siempre jamás.

Fue una cosa instantánea. Una muerte perfecta.

Ya no pudo decir ninguna cosa,

ni hacer gestos obscenos ni vulgares,

ni pensar en las cosas que pensaba.

¿Qué cosas pensaría? ¿Qué podría pensar un hombre necio
que además era torpe en grado sumo?

Yo nunca comprendí sus pensamientos.

Nunca me interesaron.

Nunca se interesó

—no lo hubiera logrado en ningún caso—

en que me interesaran.

¿Qué podría añadir? Muy poca cosa. Por no decir ninguna.

Le gustaba vivir su propia y miserable burocracia
de una forma ferozmente metódica.

Alguna vez, no siempre, llegaba a enternecerse
con historias de amores contrariados
o de niños pequeños en trance de abandono.
Le gustaban también otras mujeres
pero con poco énfasis, con muy poca intención.
No se si me fue infiel, pero lo dudo.
¿A qué mujer podría interesarle
un hombre que quería
la sopa tibia, dulce y muy espesa,
la corbata de seda refulgente,
los dentífricos de limón o de menta,
el sexo en dos minutos y cuarenta segundos,
¡y las canciones populares suizas!
No tenía el más mínimo atractivo.
Y esa es toda su historia.
No hay nada más en ella.
¿Merecía quizás algún elogio?
Nunca encontré razón para elogiarle.
He llegado a pensar que no tenía
ni siquiera el derecho
a ser un ser humano.
Pero no se lo dije.
A partir de un momento en nuestra vida
ya no le dije nada.
Le quité la palabra
y también la existencia.

*(Se sienta en una silla. El hombre hace los gestos que se le indiquen.
Aparece la mujer joven)*

MUJER JOVEN.—

Lo suple claramente.
Las mujeres sabemos lo que es nuestro.

Yo supe que era él porque tenía
pezuñas coloradas, manos de orangután
y voz de perro triste,
y una forma de ser que él no sabría definir
ni siquiera de forma aproximada,
porque era un ignorante,
como todos los hombres que se precien de
serlo.

La ignorancia del hombre me excita y me conmueve.
Veamos un ejemplo muy concreto.

Yo supe que era él, desde el primer instante
de una forma ciertísima y segura,
y él nunca supo nada. ¡La nada de la nada!
Ni siquiera la hora en que le alcanzaría sin remedio
ni como dominaba todas sus entretelas y entresijos,
ni como imaginarle desnudo en una cama,
para así preparar la ceremonia
de la búsqueda ansiosa
del tesoro escondido
y del siempre fugaz acoplamiento.

¡Los hombres no se enteran!

No saben que sabemos que no saben.

El hombre del que hablo
nunca supo tampoco que yo sí lo sabía
y por eso le dije

—con una voz que tengo para esas ocasiones—:

«A ti lo que te pasa, amigo mío,
es que estás, sin remedio, enamorado»

«Estás enamorado», le insistí,

«estás profundamente enamorado».

Él se quedó mirándome
como si no supiese de que hablaba,
como fingiendo una sorpresa auténtica.
Y luego ya repuesto, va y pregunta
lo que tenía que preguntar inexorablemente:

«¿de quién? ¿de quién estoy enamorado?».
¡Cómo se puede ser tan ignorante!
¡No sabía de quién, ni de cómo, ni cuándo!
Yo le respondo entonces con una frialdad muy controlada,
con la voz que me sale cuando sé lo que digo:
«pero vamos a ver ¿qué me preguntas?
¿lo que quieres saber
o lo que yo pretendo que tú sepas?».
Y le miré con ojos desvaídos
desmayando hacia el sur mi cuerpo blanco.
Él no entendió el matiz ni por asomo.
Como a todos los hombres, los matices
le parecían cosas de otro mundo.
Pero quiero añadir algo importante,
Era, al ser un varón, un hombre torpe y necio,
un hombre sin finuras, ni formas, ni maneras.
Es decir, lo que se llama un verdadero hombre.
No podría negarlo y no lo niego, pero...
pero tenía un cuerpo lleno de cosas simples
algunas de ellas largas y poderosas
—sé muy bien lo que digo—
y un sabor delicioso a mantequilla rancia
y a patata cocida.
Y eso es muy importante,
incluso decisivo.
Las mujeres que saben, lo sabemos.
Luego cuento el final. Estén atentos,
porque el final va a ser emocionante.

MUJER MADURA.—

Él se agachó a coger la medicina
que se había caído debajo del lavabo.
Siempre se le caía ¡Siempre! ¡Siempre!

(Aparece la mujer adulta)

MUJER ADULTA.—

La mujer, hombres míos, es una cosa nueva,
completamente nueva
por los cuatro costados, sabios y deliciosos,
que tienen las mujeres:

Norte, sur, este, oeste.

Parece lo de siempre pero ya es muy distinto.

La mujer de estos días
no permite que nadie la arrincone.

Ya nadie puede arrinconarla.

Tiene la carne viva y pronta y bien prensada

y un trasero que brilla y que reluce

mientras mueve las piernas

de adelante hacia atrás,

exactamente así, como hay que hacerlo

para enseñar la verdadera calidad del cuerpo

y la musculatura inteligente

de esas circunferencias gloriosas que tenemos

para que nos persigan, sin poder controlarlos,

los más negros deseos de los hombres.

Así serán las cosas durante algunos años

porque aún conviene respetar lo básico.

Pero que quede claro:

Las cosas han cambiado por siempre y para siempre.

No aceptamos más bromas.

Lo vuelvo a repetir.

La mujer no permite que nadie la arrincone,

ni que la minimicen con elogios estúpidos,

ni que las vistan con especial cuidado

para gozar aún más con su desnudamiento.

Se acabaron los juegos de artificios.

Ya nunca más se plisará la falda
por más que sea prenda fascinante
para mover los ánimos más quietos.
La falda no se plisa. No hay tiempo para eso.
Éste es un tiempo nuevo.
La mujer sabe cosas que antes nadie quería que supiéramos.
No sabe todavía que ya es libre del todo
y para todo
—muy pronto lo sabremos—
pero endurece y adelgaza el cuerpo,
cada vez con más tino y con más saña,
refina sus instintos más audaces,
multiplica sus ansias y sus goces eróticos.
Los hombres no imaginan
la infinita riqueza
que tienen esos goces
cuando se les compara
con sus burdos y míseros deseos
de una carne que compran y que venden,
sin condimento alguno,
o por mejor decirlo
—y nunca mejor dicho—
a palo seco.
No saben entender
lo que es un cuerpo entero,
que vibra en cada esquina,
en cada recoveco,
en cada pliegue,
en el más diminuto de los poros.
Solo van, como locos, a lo suyo,
a ponerse las botas,
y a quedarse, después,
vacíos y traspuestos.
¿Pero por qué se quedan vacíos y traspuestos?
¿Por qué no continúan la tarea

hasta que nos quedemos vacías y traspuestas?

En resumen:

¿Qué hacemos con los hombres?

¿Qué hago yo, por ejemplo, con un hombre
que aún me dice

que no busque a otros hombres

—¡como si yo pudiera no buscarlos
cuando están al alcance de cualquiera!—

o que mantenga quietas mis ideas

—¡como si las ideas no estén para cambiarse
por otras más audaces y más bellas!—

¿Cómo hemos soportado,

—con paciencia infinita—

tantísima miseria sociológica?

¿Qué hacemos con los hombres?

Esa es la gran pregunta.

Digámoslo a su estilo y con su misma habla:

¿qué coño hacemos con los hombres?

Anticipo una idea: como su deuda es grande

habrá que responder como es debido,

sobre todo humillándoles y una vez humillados,
extinguéndoles. O cosa parecida.

(El hombre vuelve a hacer los gestos que se le indiquen).

MUJER MADURA.—

¡Escúchame cretino!

Como sé que no estás te lo pregunto:

¿qué ha sido nuestra vida?

¿por qué la hemos vivido sin vivirla?

¿y por qué hemos llegado a este momento

en el que todo sabe

a gloria consumada

y a parodia de circo?

Tú me has traído aquí con tu torpeza.

Tu me has traído aquí,

a estos murmullos

que murmuran las cosas de un futuro pasado.

Son, como si lo fueran, amenazas terribles

que se vienen encima de nuestras alacenas

—o dicho de otro modo—

de estos vientres vacíos que tenemos

así como esperando a que nos lleguen

las terribles noticias que ocultamos.

Ya no nos corresponde ni siquiera

decir lo que acontece

porque ya nada nuevo podría sucedernos

sin tener el cuchillo mellado que teníamos

ni ese coral finísimo

que rasga los prejuicios

y busca anomalías,

ni esa luz que ilumina los espacios abiertos.

Ya sólo somos piedras, eso sí, esmeriladas,

por donde pasa lentamente un río

en donde merodean las ranas de colores

y algunos peces sucios

de musgo y brillantina.

Eso es lo que somos. Y ya sólo nos quedan

unos cuantos ensueños atrozmente ridículos

para no darnos cuenta de lo que se avecina.

Pero ya no podemos ocultarlo.

La decadencia viene, paso a paso, gimiendo,

contorsionando el busto y la mirada

montada en un gigante de artificialio,

alquilado por horas

y una enorme bandera patriótica

completamente rígida, de plástico

y su bocina con la goma negra.

Nadie quiere mirar la decadencia.
Sobre todo la propia.
Nadie sabe que tiene la verdad absoluta
y la respuesta entera
 y los labios abiertos y dormidos,
esperando la hora de la hora que acaba.
Ya no podemos continuar continuamente.
Tenemos que cerrar el abanico.

(pausa)

¡Qué poco nos distancia de la nada!

(pausa)

¡Cuánto tarda el silencio en ser silencio!

(pausa)

¡Cuánto más la verdad en serlo entera!

(pausa)

¿Por qué se te cayó la medicina?

¿Por qué se te cayó la puñetera medicina?

(El hombre hace los gestos adecuados).

MUJER JOVEN.—

Continúo la historia.

Aquel muchacho absurdo
me preguntó, si Vds. lo recuerdan,
de quién estaba él enamorado
porque yo le anuncié que sí lo estaba.
Insistió en la pregunta muchas veces,
y yo, siempre obediente y educada,
le describí con gran delicadeza,
con todos los detalles,
incluyendo los físicos,
la mujer que él quería de forma apasionada

y vino a resultar que era yo misma.
¡Qué gran coincidencia!
Se lo expliqué, por fin, con todas las palabras
porque el pobre era lento para entender las cosas.
«Tú me quieres» le dije.
«Tú me quieres muchísimo».
Se quedó de una pieza.
Como un gusano ciego,
como un sapo impasible.
Al rato reacciona y me pregunta,
con la mayor desfachatez:
«¿Y yo por qué te quiero?»
Los hombres son así. Preguntan esas cosas.
Se visten con su traje de payaso
con las narices rojas
y dicen, una a una
todas las payasadas
que tienen que decir
para ser unos hombres verdaderos.
«¿Y yo por qué te quiero?» ¡Qué pregunta!
Al oírla, mi cuerpo se me puso
con las piernas de alambre.
La blusa se me abrió, sin darme cuenta,
por sus partes difíciles,
que son las que permiten
una visión profunda
de las cosas que verdaderamente cuentan,
—según piensan los hombres—
y luego ya
sin transición alguna
me acerqué a su persona
con ese movimiento que tienen las mujeres
de hiedra sin apoyo,
con esa luz que apaga lo que no sean ellas.
«¿Qué tú por qué me quieres?»

«Me quieres —le expliqué— porque tenemos
—no sé cómo decírtelo—
que buscar esas cosas que tú buscas». Se me quedó pensando cinco horas y media.
¡Y por fin entendió lo que quería!
«¿Qué quieres que busquemos?»,
me preguntó con ansia.
Y yo entonces pensé que era el momento
de explicarle que el mundo era redondo
y verdaderamente fascinante
y que yo era ese mundo que él buscaba.
Precisamente el mío. Ningún otro.
Pero no hice tal cosa.
No descubrí el misterio.
Yo no le dije nada que pudiera ayudarle.
Yo le miré a los ojos y le dije:
«No sé lo que tú buscas, pero eso ya no importa.
Yo ya sólo andaré por tus caminos.
Yo iré adonde tú vayas
a encontrar lo perdido
y a perderlo enseguida,
para poder buscarlo nuevamente
y así pasar el tiempo de la vida».
Él se quedó por fin tranquilo y confiado.
Ya no ofreció ninguna resistencia.
Cuando nos preguntaron si queríamos
—era una iglesia oscura y un sacerdote neutro—
contestamos con convicción: «sí quiero,
sí me otorgo, sí le recibo».
Pero él nunca entendió lo que decía.
Lo que significaba, de verdad, el darse entero.
Por cierto, yo tampoco lo entendía.
Así pasan las cosas. Él me llevó a su huerto
y yo acepté el destino que él me daba.
Es la historia de un hombre incompetente

y una mujer sumisa que respeta
la voluntad de un hombre, fuerte y libre,
completamente dominado.

(El hombre hace gestos. Habla la mujer madura)

MUJER MADURA.—

¿Por qué se te cayó la medicina?
¿Por qué no la dejaste en el maldito suelo?

(Habla la mujer adulta)

MUJER ADULTA.—

¿Qué hacemos con las cosas que han cambiado?
¿Qué pedimos al hombre,
que el hombre pueda dar
sin destruirse?

Porque aquí no se trata de destruir al hombre,
ni de domesticarle,
ni de herirle en sus partes
más sagradas.

Se trata de que entiendan
algo muy entendible:
nuestro cuerpo no puede ser
un campo de batalla
donde luchan a muerte
—a una verdadera muerte súbita—
tigres contra palomas,
ni tampoco es un charco de agua impura
ni un manantial purísimo y radiante,
ni una plaza de toros,

ni un juego para niños.
Son demasiadas cosas para simplificarlas.
Sólo debéis saber, hombres del mundo,
que la mujer es una planta viva
que mezcla la razón con la locura
en esa dosis justa que merece la mente
y que guarda en su piel tanta esperanza,
tanta necesidad, tanto sentido,
que sólo se le puede comprender
cuando se entiende
este canto dulcísimo y terrible
que tendréis que escuchar aunque estéis sordos.
El canto dice así:

«Alguien que no ha venido será pronto llegado
y habrá que hacerle un hueco
entre los arrecifes y las máscaras,
entre las exigencias y los cánticos.
Alguien será el que venga derrotado
para que me derrote y me desviva,
para que me consuele consolándole,
para que me libere y me aprisione
para que se me lleve y me detenga.
Alguien me clavará con sus cuchillos.
Alguien me inundará con sus deseos.
Alguien destruirá mis apariencias».
Así termina el canto
de todo lo que quieren las mujeres.
¡Y es eso lo que quieren! Exactamente eso.
Y también,
—como es lógico—
 exacta y justamente lo contrario.
Justo y precisamente lo contrario.
¿Cuán necio habrá que ser
para no comprender algo tan simple?
¡Cuanta insensibilidad!

¡Cuanta torpeza!
Pero, ¿qué más nos da? ¿Qué nos importa?
Los hombres con lo suyo. Nosotras con lo nuestro.
¡Viva la monstruosa diferencia!

(El hombre reanuda los gestos).

MUJER MADURA.—

¿Sabes lo que te digo?
Que luego de pensarlo en estos días
descubro con profundo desconcierto
que fuimos más felices de lo que merecíamos,
que hicimos lo que estaba a nuestro alcance,
—¡no podíamos más!—
que tuvimos la dignidad de soportarnos,
y que supimos ser lo que no éramos.
Descubro así también que te he querido
—aunque no lo supiéramos ninguno de nosotros—
y que ya nunca más podré querer a nadie.
Te lo digo de veras.
Si no estás a mi lado, ¿yo que tengo?
si no estás a mi lado, ¿qué me queda?
Ya sé lo que me queda, torpe necio.
Sé muy bien lo que queda.
Pero es que lo que queda,
no me interesa nada que me quede,
salvo que tú lo mires y lo veas
y pienses que es lo tuyo y que te gusta,
y además, hombre estúpido,
si tú no estás conmigo y a mi lado
¿a quién puedo culparle de mi culpa?
¿Cómo puedo vivir mi culpa, sola?
¡Cabrón de los cabrones!

¡Ladrón de mi esperanza y mi destino!
¡Buscador de imposibles medicinas mortíferas!
¡Caballero galante! ¡Niño mío!

(Pausa).

Quiero que sepas además, que aquella medicina
—según me dijo el médico—
ya no tenías que tomarla.

MUJER ADOLESCENTE.—

Quiero comprometerme.
Así me comprometo. De este modo solemne.
Olvidaré la historia toda entera.
Pensaré que podemos olvidarnos
—aunque sea imposible—
de aquellas violencias patéticas
que ejercían los hombres
porque tenían miedos dolorosísimos
a ser tan vulnerables
 como somos nosotras,
a ser seres humanos,
con pasiones humanas
 verdaderas,
a renunciar a la verdad dogmática
 y a la verdad absurda
y a los convencimientos inflexibles
y a los goces con culpa incorporada
porque les gusta mucho ser culpables.
Ya les pasó su tiempo.
Ya no tienen peligro ni cuidado.
Lo tengo decidido. Ya os lo anuncio.
Olvidaré su culpa enteramente.
Todas sus fechorías. Todas sus necedades.
Perderé la memoria del recuerdo.

Miraré lo que mire
con estos ojos nuevos,
que ya saben mirar y entender las miradas,
que me miran. Yo ya no soy ingenua.
Descubriré enseguida
toda la novedad que el sol descubre
y así descubriré lo que no es nuevo
aunque las apariencias me confundan.
No sabré —nadie sabe—
el como distinguir lo uno de lo otro
pero continuaré avanzando y avanzando
hasta llegar, después de mucho tiempo,
a las mismas orillas
a donde nunca llega el horizonte.
O dicho de otro modo:
repetiré fielmente, paso a paso,
con las mismas palabras y el mismo sentimiento
una historia admirable,
una historia distinta,
una historia absolutamente nueva.
La razón es muy simple.
El hombre ha muerto.
El hombre que teníamos ha muerto,
como diría Lorca,
«en un montón de perros apagados».
Nunca renacerá de esas cenizas.
Ha muerto y ya está muerto para siempre.

(larga y buena pausa)

A lo mejor estoy equivocada.
Pero eso es, señoras y señores,
lo que me han dicho que les diga.

(El hombre ensaya una sonrisa cínica. Mira a las cuatro mujeres. Se incorpora. Parece que va a hablar. Se apaga la luz). (Otra opción sería que el hombre se tumbara como muerto y que las cuatro mujeres le sacaran en brazos y se apagara la luz).

** * * * FIN * * * **